

Nelson Llanes

Desde el Castillo de Proa



Edición: Pablo de Cuba Soria
Composición: Sandra Rossi Brito
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: Javier Figueroa Roca

© Nelson Llanes, 2024
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2024

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798333247209

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

*¿Qué es lo que hace el frente de un hombre, qué
es, en verdad sino sus ojos?*

HERMAN MELVILLE

ANDREAS

I

—740 MILLONES de personas oyen pitidos o zumbidos. No soy la excepción.

—¿Y las voces?

—Los médicos no dan crédito a esa parte. Dicen que se debe a un trastorno psicológico.

—¿Cómo ocurre?

—La voz repite mi nombre.

—¿Andrea?

—Creen que se trata de una obsesión.

—¿A qué lo atribuye?

—Recientemente he estado leyendo unos cuentos en los que el autor parece estar obsesionado con ese nombre. No debo ser el único. He buscado la conexión entre los sucesos y no la encuentro. Asimismo la voz me resulta desconocida. Nada en concreto hasta ahora. Es posible que el escritor y yo padezcamos de la misma enfermedad.

—¿Recuerda cómo se llama el libro?

—Aquí lo tengo.

—¿Quién se lo recomendó?

—El propio autor.

—¿Por qué supone que está obsesionado con eso?

—Cuando me habló de él lo hizo de un modo extraño, como si hubiera una conexión entre todas esas Andreas.

—¿Sabe él algo de su padecimiento?

—En absoluto.

—Todo parece una enorme broma.

—¿Conoce algo que no lo sea?

II

ANTES DE sumergirse en el porno, Andrea parecía un hombre incapaz de atravesar las puertas del vicio. ¿La intervención que libró el frenillo del prepucio lo exoneró de las ataduras de la corrección, y de la certeza de que a los fornicarios los juzgaría Dios? En nada de esto pensaba cuando el asistente del director lo llamó al plató. La escena tendría lugar sobre un ataúd.

En las filas del servicio militar y luego en las del ejército no imaginó que un día simularía placer sobre uno de aquellos féretros, llevados en hombros, que tanto le impresionaban, ni que alternaría con mujerzuelas, cuya fe e inteligencia estaba muy lejos de Rahab, y del embrujo de las simples chicas nocturnas de la calle. Había tenido la posibilidad de intimar con algunas en el regimiento, pero se abstuvo. Quién iba a imaginar que, siendo alto y bien parecido, un insignificante hilo anclaba el timón de sus afectos y le impedía dedicarse a aquello que en el fondo tanto deseaba.

Cuando entró en el estudio sintió que el aire era tan frío que sería imposible quitarse la ropa sin contraer una congestión. Tanto calor había soportado en el ejército —en aquellas barracas angostas con techo

de zinc, en las que no había siquiera un ventilador para ahuyentar a los mosquitos— que aún le costaba adaptarse a la bajas temperaturas, si bien sabía que aquí debía olvidar las sensaciones y los afectos.

El negocio del porno es impersonal y desaprensivo. En la escena que se estaba por rodar debía representar a un soldado que le paga a una prostituta. Fue por eso que al mirarse en el espejo no pudo apartar de su memoria las veces que pasaba por los burdeles sin atreverse a entrar. "Mozo, si le apetece puede tenernos a las dos por el mismo precio". Pero él deseaba una que le fuera fiel para toda la vida. Cosas de la inmadurez. "Pensar en él y amarle fiel" seguiría siendo parte de la letra de una vieja canción.

El féretro estaba cubierto por una manta rosada de satén orlado y sobre él, acomodada en posición insinuante, la actriz: una principiante con un relieve muscular sospechosamente andrógono...

"Dando traspiés entré en la habitación y allí estaba ella (contaría años después): desnuda, apoyada sobre sus dos patas delanteras. Una expresión llobezna inyectaba la llama de sus ojos azules. El frondoso pelaje completamente erizado en sus partes pubendas, y sus dientes esdrújulamente afilados, desmembraban las luces de los grandes focos que se filtraban por ellos. De un salto llegó a mi lado, descabezando una lámpara sobre el suelo. De su lengua puntiaguda pendía una sustancia incorpórea y lúgubre. Hincó sus afiladas uñas en mi piel y, obedeciendo a una reacción mecánica, le propiné una bofetada que la envió al piso en un santiamén. La suspendí por el lomo y la arrojé, con furia,

sobre el féretro postvespertino. Cayó con su hocico de bruces. De pronto, lamenté haber sido exageradamente brusco. Pero al incorporarse, sus ojos se habían tornado dulcemente anaranjados. Me miraba con placidez y beneplácito, y entonces comprendí que la faena del mal empezaba bien. Creí intuir, a través de sus aullidos, jadeos y resuellos —que se extendían y contraían como relámpagos— la liberación de una serie de experiencias traumáticas, probablemente infantiles.

Como una fiera enjaulada, subió por paredes y techos ofreciéndose y resistiéndose (al mismo tiempo) a cohabitar conmigo; y así fue dejándome secuelas de la lucha en cada tramo de mi piel. Contemplaba cómo se retorció cada vez que su agitado cuerpo era presa de mis robustas manos. Como trataba de escaparse continuamente, la inmovilicé retorciendo su largo cuello. En cada lance arrancaba, con sus dientes, luengos pedazos de la sábana que cubría el féretro y su expresión adquiría un éxtasis robusto mientras más acentuada era la contorsión. El encantamiento dio paso al delirio, y el delirio al misticismo. Cuando por fin se abandonó, el inmueble era un verdadero caos. Recostada al angosto féretro languidecía idéntica a Santa Teresa de Ávila durante el fin místico de la transverberación. Inhabilitada y exhausta, redimió la última gota de placer, bostezó, extendió sus garras y miró expectante al director que dio por finalizada la escena".

Era la primera toma en la que Andrea había tenido que actuar; al menos al papel de gran copulador se sumaban matices sadomasoquistas que a un simple fornicador le hubieran tomado desprevenido. Por un

momento se sintió subutilizado, relegado al papel de una bestia en celo. La diferencia lo había desconcertado. Desconocía si habían otros horizontes dentro del porno; por el momento la escena era inusual y la cópula había convencido a todos, al punto de que la habían dado por buena. Ni una sola corrección, no hablar ya de las múltiples repeticiones. Ni siquiera fue necesario recurrir a métodos extraordinarios de estimulación que terminan por aniquilar los mecánicos deseos.

Por primera vez en su corta carrera no se había conducido como un maniquí. Y eso le resultaba estimulante. "¡Hay que reformular el cine porno, hacerlo menos intrascendente!", le decía una voz que parecía ser la suya: "en el fondo esto es más serio que la guerra, por cuanto estimula lo que la otra destruye". Desde luego tampoco le agradaba que lo presentaran como el soldado del porno. Eso era algo que había que superar. Estaba dispuesto a todo para conseguirlo. Desde hacía un tiempo tenía un manojo de ideas en la cabeza y era el momento de ponerlas en práctica. Fue por ello que cuando le llamaron para filmar la escena de la cópula dentro del M1 Abrams, tuvieron que contentarse con un semental improvisado que lo sustituyó. Si volvía a filmar sería en su propio estudio, con sus propias reglas, o en un lugar donde él eligiera los contenidos y la temperatura del aire. Contaba con un pequeño capital que tenía ahorrado. El género necesitaba a hombres dispuestos a romper con los diagramas del sexo. No perdía nada intentándolo. Con *El origen del mundo* Courbet lo había logrado. Solo los pioneros son recordados.

III

A PESAR de que los aviones la atraviesan con vuelo rasante dos o tres veces por semana, los habitantes de Andrea no acaban de acostumbrarse al fiero zumbido. La base aérea es, no obstante, el único motivo de exaltación en un lugar abandonado a la suerte de su destino y a la misericordia del Altísimo. De otro lado está la miseria: la material y la de nuestras vidas. Andrea causa pavor por los cuatro costados. Desde que se entra por la angosta rotonda en forma de promontorio, el gris, amarillo y ocre de las maltrechas fachadas lanza una advertencia similar a la que se proclama antes de emprender un juego peligroso. Después de esta primera trompeta de juicio es obvio que ha prometido devorarnos. Y sobre advertencia no hay engaño. Es como el caballo salvaje que no permite que ningún jinete se sienta seguro sobre su grupa. ¿Por qué entonces no la abandonábamos? ¿El dulce sabor de la pertenencia, el instinto familiar o cualquier otra perversión de la conciencia? Todo junto. Fue por eso que cuando propuse enterrarla en vida no fueron pocas las objeciones. "Donde se nace se muere con orgullo", dijeron algunos. ¡Vaya vocación para el sacrificio! ¿De qué sirve una madre o un padre inconducente?

Andrea es, cuando menos, una sinagoga de sata-nás, y por ende debe morir. Pero yo solo no podía liquidarla. Fue entonces cuando decidí crear un grupo, lo más numeroso posible, de ciudadanos dispuestos. Para mi suerte éramos cientos de miles y seguramente muchos compartían mis ideales. La consigna era clara: matar a Andrea. "¿Pero cómo se mata un lugar?", preguntaban los interesados. "No es necesario usar armas —replicaba—. Ojalá fuera tan sencillo. Se trata de desterrar ese lugar de tu mente y vomitarlo de tu corazón". Y luego añadía a modo de ilustración: "como hizo Mozart con Salzburgo". No esperar a que muera de muerte natural. Y ante la incertidumbre añadía: "clausurarla con siete sellos".

Con su voz chillona y su sonrisa pizpireta, Andrea no alcanza a aminorar los infectos olores que desprenden sus alcantarillas y rotos desagües que diezman el aire y lo hacen irrespirable. ¿Qué arte puede surgir de los escombros de la inmundicia sino uno similar? Un par de caricaturistas sobrevalorados, un viejo pintor huraño y trasnochado, y un músico popular, en consecuencia vulgar. "¡Es la tierra, es la tierra!", coreaban algunos, y añadían: "ni siquiera produce hortalizas; está maldecida". Un gusano de seda que no llega a la adultez porque sus débiles mandíbulas no le permiten masticar, y en lugar de hilar se conforma con defecar. ¿Y la Fe? Ni siquiera sospechan que existen diez mandamientos escritos en tablas de piedra. "Un arriate de nómadas", sentenció un poeta entre estas ruinas.

Debe existir una vida mejor lejos de Andrea, donde la gente nace y muere para ver nacer y morir a otros, y

la cadena de reemplazo es tan coherente que cada latido del corazón es un breve peldaño hacia la muerte. Más que un poblado es un maniquí obrero sin cabeza ni manos para cambiar de atuendo. De más está decir que lleva siempre la misma ropa agreste, y que ofrece las sobras de sus alimentos, y otras ofrendas (una piedra, un gallo, un coco) como reliquias, a inanimados dioses paganos. Luego está el sacrificio animal, que en lugar de saciar la creciente hambruna colectiva, se ofrece con liviandad a esos mismos fines. En consecuencia sus moradores somos acérrimos gentilicios de esa naturaleza.

Entonces llegaron ellos, los de verdad, los que no formaban parte de mi sueño; venían dispuestos a liquidarla sin una gota de filosofía, y sin el más mínimo raciocinio. Los hombres que exterminan no piensan en otra cosa que en suprimir. Del considerable grupo de adeptos solo yo entendía las razones. Por ello hoy, de los aviones que surcaban su cielo, queda el ligero zumbido de una abeja.

IV

AH, SÍ, Andrés. He oído hablar de él, pero no creo nada, aunque siempre hay una parte consistente en cualquier historia, la cual nadie negará que, al adornarse pierde su esencia. Esta, en particular, la han arreglado como esas piezas musicales que los propios compositores llenan de trinos y golpeteos parásitos y que lejos de mejorarla la enturbian y adulteran. Hablan de unos rizos premonitorios, de un muchacho que ha nacido un domingo, que tenía afición por la música, y que el campo era un teatro de operaciones inadecuado. ¿Dice usted que yo podría mejorarla, que podría encontrar debajo de toda la hojarasca, la aguja con la que se cosió el asunto? No le voy a negar que es difícil, casi imposible, tiene demasiado dobladillo; pero si usted me paga bien podría intentarlo. ¿Cuánto estaría dispuesto a pagarme? ¡Por esa cantidad, imposible! No resulta fácil sacar un fideo específico de una gran olla de sopa. Hagamos una cosa, por 200 pesos más estoy dispuesto a empezar ahora mismo. ¡Perfecto! Comenzaría por suprimir la orquestación. La historia es muy simple: quedamos en que Andrés nació el domingo. Sí, dejaremos eso de que el domingo es el único día masculino de la semana. No aporta nada,

pero resta femeneidad. No me negará que el asunto tiene un trasfondo viril evanescente. Lo de los caballos y los aperos de labranza, fuera. No existe campo que no los tenga; sobre los mensajes que venían en el delantal de la sirvienta no pondré reparo, en un delantal de una moza no suele venir nada relevante, y los muchachos, a esa edad, no piensan en nada descollante, mucho menos cuando tienen un padre protector. Como ve me he quedado con poco, en cambio usted quiere una historia y para eso hay que adornarla con algo más. También suprimiré el sitio, el talento no es hijo adoptivo de un lugar específico. Si cree que es imprescindible dejar cantar a los ruseñores lo haré, empero, la música se lleva por dentro. No, no tienen cabida en esta historia. No son más que cajas mecánicas de sonido. Insisto en que sobran. ¡Qué se vayan a cantar a otra parte! De lo contrario abandonaré el trabajo. Basta con el solo de flauta.

Aquella noche, cuando vi a mi padre en la platea estaba seguro de que contemplaba mis rizos. En un momento de la ejecución subió al escenario y mis cabellos rodaron sobre mis pies. Entonces vino a mi memoria uno de los primeros carteles que vi en la ciudad: ¿cómo saber que no ha pagado demasiado?

En la misa dominical había escuchado que tanto al apóstol Andrés, como a su hermano Simón Pedro, mas que las carpas y lo boquerones, les interesaba seguir al Profeta. Prefería verme en la armada, aunque le hubieran llamado para comunicarle mi caída y terminara junto a mi tumba rindiéndome honores. Honores a Andrés, el héroe que nació un domingo, el único día

masculino de la semana. Qué mejor referencia que el apóstol Andrés, atado a una cruz en forma de equis, predicando. Su hijo, hierba del campo, un verdadero jockey, diestro en el manejo de la finca, convertido en mártir al pie de una barricada en forma de equis. Pero ahora ellos estaban frente a mí, esperando.

Tras el solo de flauta levantó los puños, maldiciendo cada domingo. ¿Qué posibilidad tenía de ganar ahora que tengo mucho más miedo a morir de hambre que antes? En la granja todo estaba hecho. Solo tenía la flauta, una minúscula tablilla de salvación, un insignificante juguete de guerra. ¿Cuántos habrán tocado esta misma pieza, con una historia similar, en este mismo lugar? El hombre se repite como una carta. Faltaban dos movimientos. Estaba enrolado y las cruces aguardaban en el camino, si no, él se encargaría de ponerlas ¿Sería capaz de seguir al Profeta?

V

*«La piedra que desecharon los edificadores
ha venido a ser la (piedra) principal del ángulo»*

SALMOS 118: 22

SOLO QUIENES aún viven aquí la conocen. Le llaman La Rocossa porque sus ciudadanos lanzan piedras desde los balcones a todo el que pasa. Dicen que el Creador fue espléndido y la atiborró de piedra caliza, un arsenal que en manos del vulgo redundó en un perenne caos. De este modo cada habitante es un conejillo de Indias en el que se prueba destreza, puntería y resistencia, mientras los que se oponen a esa práctica o exigen una tregua son desterrados. Se les acusa de segregacionistas y de querer repetir la historia del malogrado trasatlántico (homónimo) llamado Andrea Doria.

Después de los veinte años, etapa en que empieza la mayoría de edad, todos están listos para lanzar y recibir una pedrada. La ley ampara esa práctica, que considera sana, divertida y útil, por cuanto una buena puntería es un muro de contención para los que decidan cambiar el rumbo de las costumbres y propiciar que La Rocossa se quede sin roccossianos. Los animales

están exentos por cuanto (obviamente) les resulta imposible defenderse. Y en esto las leyes son muy claras; el que apedree a alguno tendrá que comparecer ante los tribunales y pagar un alto precio. Esa predilección explica la ausencia del cristal como materia auxiliar en las edificaciones y la costumbre de sus moradores de vivir enclaustrados en una perenne zozobra. En este maremágnum, es común vislumbrar algún brazo en el acto del lanzamiento o preparándose para ejecutarlo. No es de extrañar que la literatura que circula por aquí trate sobre la piedra y sus virtudes: "Mi mano de mármol lanza virutas de cal ennoblecidas..." o "Quede tu brazo alzado, lo reconoceré pendiente más de prisa en su sueño...". Y para los que después de conocer esta práctica se escandalizan hay que recordarles que hay civilizaciones que se echan a correr delante de toros salvajes después de cerrar las vías de escape, y otras cuyas fiestas consisten en dispararse tomates maduros sin la menor reserva.

Es cierto que hemos perdido familiares y seres queridos en este juego antropológico que es parte de un proceso biosocial, pero el respeto por la tradición y la identidad está por encima de cualquier afecto. No se trata de homicidios consensuados (como algunos alegan), sino del empleo de métodos de protección inadecuados. Si se transita debidamente protegido es imposible resultar mutilado. Las piedras que se arrojan no deben sobrepasar (lo establece la ley) los tres centímetros de diámetro, si bien no hay regulaciones para medir la fuerza con que se descargan. Ello depende de la fortaleza de cada cual.

Nuestros detractores pasan por alto que el negocio de la piedra permite a los rocossianos vivir holgadamente. Se estima que el ciudadano promedio de La Rocossa consume un cuarto de tonelada cada año, la cual después de ser arrojada es necesario recoger y reciclar para que no se agoten nuestras existencias. Este culto a la piedra madre está debidamente representado en el Palacio de gobierno por una reproducción sobre la pared del vestíbulo de *Los picapedreros* de Courbet, debajo del cual se puede leer un fragmento del Éxodo que reza: "Si algunos riñeren, y uno hiriere a su prójimo con piedra o con el puño, y este no muriere, pero cayere en cama; y si se levantara y anduviere fuera sobre su báculo, entonces será absuelto el que lo hirió; solamente le satisfará por lo que estuvo sin trabajar, y hará que le curen".

Fuera de cualquier riña no existe pena para los lanzapedreros. "Todo ello explica que nuestros hijos —ha dicho el alcalde— sean entrenados desde pequeños en el difícil arte de curvar el brazo para un infalible lanzamiento. Cualquier sustitución por otra empresa significaría un suicidio. El último intento tuvo resultados desastrosos. Desde entonces decidimos cambiar el nombre de la villa (llamada Andrea) por La Rocossa".

El sonido de las pedradas sobre las superficie de metal que protege nuestros cuerpos se ha convertido en la música que acompaña nuestras incursiones a la intemperie, la cual se va degradando en la medida que nos alejamos de la villa, quedando un eco parecido al que produce una lluvia de granizo sobre un techo de zinc. "Debo puntualizar que nuestras piedras

no hacen distinción de cerviz, conforme no creemos en feminismo, extranjería, ni indigenismo de ningún tipo. Profesamos una filosofía libre de particiones. El uso indiscriminado de la principal reserva natural es la clave de nuestra prosperidad" ha terminado diciendo el alcalde. Los lanzapedreros congregados le han aplaudido y lo han llevado en hombros dando vítores y gritando "Larga vida a La Rocosa". En el camino han sido insistentemente apedreados.

VI

—SE DEBERÍA llamar Van Gogh, pero responde por Andrea.

—¡Es un gato joven!

—Debe tener un año o dos. Observe sus movimientos. Es un remolino.

—Parece no tener dueño.

—Es de Theo; vive en los altos, pero se escapa por las noches. Además de que no le alimentan bien, le encantan las noches estrelladas, como esta. Lo he visto varias veces mirando hacia el infinito.

—¿Sabe por qué le falta la oreja izquierda?

—Seguramente la perdió en una riña. No tiene buenas pulgas. La sangre pendenciera de la juventud.

—Me parece haberlo visto en la terraza del café, y en el muelle, cuando los hombres están descargando barcas de arena. Tiene rasgos duros. No es un gato cualquiera.

—Suelen ser grises. Este, además de ser amarillo y pasar hambre, no parece flaco, sino condensado. ¿No le ha mirado a los ojos?

—¿?

—Tienen la salvaje soledad de la locura.

—Quizá guarda recuerdos terribles. Ya sabe cómo es de miserable la vida de los gatos. Y a este no le va muy bien.

—Me atrevería a decir que lo menos que le preocupa son los descalabros físicos. Ya ve como tiene magulladuras e irradia felicidad.

—¿Cree que presiente?

—No me atrevería a tanto. Pero si se llamara como debiera, podría ser confundido con un girasol. Mire cuántos gatos hay a su alrededor y el único que no luce real es él. Me pregunto si sentirá el olor nostálgico de la hierba recién cortada. Claro, no puedo pedirle mucho a un gato, ni siquiera si se llama como debiera.

—¿Le puedo hacer una pregunta..., se atrevería a darle comida de vez en cuando?

—¡Imposible! Con las restricciones que tenemos aquí. No puedo arriesgarme a que me echen de la propiedad por un simple gato que ni siquiera se llama Van Gogh.

ÍNDICE

ANDREAS

I	/	11
II	/	13
III	/	17
IV	/	20
V	/	23
VI	/	27

LA MASA DEL DELITO

I	/	31
II	/	35
III	/	38
IV	/	41
V	/	45
VI	/	48
VII	/	52
VIII	/	55
IX	/	59

LAS RAÍCES DEL MAL

I	/	65
II	/	68
III	/	71
IV	/	74

V / 77

EL CAMINO DE HIERRO

I / 81

II / 84

III / 86

IV / 88

V / 91

VI / 93

VII / 96

LA REGURGITACIÓN DE LOS ESTÓMAGOS

I / 101

II / 103

III / 105

IV / 107

V / 108

VI / 110

VII / 112

MOTIVO DE RENDICIÓN

I / 117

II / 119

III / 121

IV / 123

V / 125

VI / 129

LA GUILLOTINA DE LOS CIELOS

I / 135

II	/	138
III	/	140
IV	/	142
V	/	144
VI	/	147
VII	/	149

LAS LLAVES DEL HADES

I	/	153
II	/	155
III	/	157
IV	/	159

VIAJE A LAS ANTÍPODAS

I	/	163
II	/	165
III	/	168
IV	/	170
V	/	173

LAS CUCARACHAS DE PLATA

I	/	181
II	/	184
III	/	186
IV	/	188
V	/	190
VI	/	192

PEQUEÑO GRAN AVESTRUZ

I	/	201
---	---	-----

II / 205

III / 208

IV / 210

V / 213

LEVIATÁN

I / 219

II / 224

III / 225

IV / 227